

Capítulo III

El salitre revive el impulso; declinación bajo la prosperidad

28

La incorporación del salitre a la economía chilena infló otra vez las velas del comercio exterior, restableciendo el impulso "hacia afuera" con una intensidad notable. La crisis de las fuentes más pródigas y fáciles de la minería, que parecía condenar al país a un retroceso inevitable o a una transformación radical de su fisonomía, si es que pretendía continuar su marcha ascendente, terminó abruptamente, abriéndose una nueva y ancha perspectiva.

Para mayor claridad conviene distinguir dos fases en este renovado lapso de expansión. El primero se extiende desde la guerra (1879) hasta 1898, en el que un crecimiento notorio de las entradas por el intercambio es constreñido por la prolongación de la tendencia a la baja de los precios internacionales. El segundo, que se abre en 1898 y se cierra con la crisis, marca un vuelco tan espectacular como auspicioso, al que contribuyen el mejoramiento de las cotizaciones y el incremento de las exportaciones de salitre.

Entre los decenios 1870-79 y 1880-89, las ventas al exterior aumentaron un 70 por ciento aproximadamente, pero como el tipo de cambio disminuyó de un promedio superior a 42 d. en el primero a uno de 28 d. en el segundo, esto es alrededor de un 35 por ciento, el incremento real fue bastante menor.

De 1900 adelante, las exportaciones experimentan el siguiente desarrollo, calculado en millones de pesos de 18 peniques:

1909-04	187	1915-19	523
1905-09	288	1920-24	661
1910-14	344	1925-29	742

Para tener una idea relativa de estas cifras hemos aprovechado algunos antecedentes de la CEPAL (Estudio económico 1949), tomando como punto de referencia igual a 100 la capacidad para importar por persona en 1937.

Sobre esa base se llega a la conclusión de que la capacidad para importar por habitante en el período 1900-17 fue igual a 95; la del lapso 1905-17 igual a 107,5 y la de los años 1937-49 sólo alcanzó a 75,4. En otras palabras, las posibilidades de importar en el período que comienza con la Segunda Guerra Mundial y finaliza en 1949 fueron inferiores en un 29,8 por ciento a las existentes en los años 1905-17 y en un 20,6 por ciento a las de los 18 años que median entre 1900 y 1917. Por otro lado, y respecto al lapso 1925-29, la capacidad para importar en 1945-49 fue prácticamente la mitad.

Todo esto con el agregado de que en la primera parte del siglo el país no cargaba con los compromisos y necesidades que suscita el proceso de industrialización iniciado después de la gran crisis.

29

Sin embargo, las cifras insertadas deben apreciarse con una reserva muy importante. En el período que sigue a la Guerra del Pacífico se produce uno de los cambios estructurales más influyentes en el desarrollo económico chileno, cual es la cesión a intereses extranjeros de las dos industrias básicas de exportación minera, el salitre y el cobre. Ello implica que los valores que aparecen en la balanza comercial pasan a sufrir una merma considerable por concepto del servicio de los capitales y gestión incorporados. A esto nos referiremos con más detalles posteriormente.

Por otra parte, la succión anotada debería parangonarse con las entradas de capitales representadas por los créditos e inversiones llegados al país, que fueron de cierta consideración. Según un estudio reciente del

Banco Central respecto a las inversiones extranjeras, entre 1822 y 1930 se obtuvieron empréstitos por valor de £ 66.400.120 y US\$ 296.592.000. Gran parte de estos créditos se incorporó después de la Guerra del Pacífico y el grueso de los préstamos en dólares en los años 1925-30. Debido a los cambios en los niveles de precios y en el valor de esas monedas resulta difícil hacer una comparación realista con los empréstitos conseguidos con posterioridad a la gran crisis. Sin embargo, se trata obviamente de sumas considerables para la época, la población del país y sus necesidades de moneda extranjera.

De todos modos, por los antecedentes que expondre-mos más adelante respecto a la salida de capitales por concepto de utilidades de las empresas extranjeras radicadas en Chile, bien puede pensarse que hubo saldo en contra del país.

La reserva, no obstante, no cambia el signo propicio del intercambio. Y siendo el movimiento de la exportación la base del »desarrollo hacia afuera« que seguía el país, bien podía esperarse que la misma tónica propicia hubiera favorecido a los distintos órdenes de la vida económica y colectiva⁴³.

Pero no es así. Por el contrario, resalta vistosamente una oposición sensible entre esa parte decisiva del cuadro chileno y las restantes.

Como un diagnóstico general del »otro lado de la medalla« podemos recurrir a estas reflexiones de Encina⁴⁴:

⁴³Un indicio interesante del nivel alcanzado por el comercio exterior lo proporciona un estudio publicado por el argentino Pedro S. Lama en el Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril en 1887. Según sus cifras, Chile, con el 5,4 por ciento de la población de América Latina, representaba el 13 por ciento del comercio total. Sus exportaciones alcanzaban a 185 francos anuales por habitante, el guarismo más alto en A. L. y superior al de EE.UU., que sólo sumaba 147 francos. Los ingresos presupuestarios por habitante también eran los más altos.

⁴⁴F. Encina, »Nuestra inferioridad...«, op. cit.

»Nuestro desarrollo económico viene manifestando en los últimos años síntomas que caracterizan un verdadero estado patológico«.

»No sólo no se ha verificado... el proceso de aceleración de nuestro desarrollo, que debió ser consecuencia de la paz, del orden y de los numerosos factores favorables que concurren a nuestro progreso desde 1860 adelante, sino que, por el contrario, se ha debilitado y hecho más lento con relación al período anterior y al de los países jóvenes con quienes estuvimos nivelados«.

Analizaremos a continuación brevemente los principales elementos que oscurecen el panorama tan auspicioso que sugería la curva de las exportaciones.

30

Veamos en primer lugar el balance de los principales sectores.

Si atendemos a las fuentes de producción primaria llama la atención el estrechamiento de la base exportadora, que pasa a descansar fundamentalmente en un solo producto, el salitre. Recordamos antes que en el plazo 1844-80 las ventas de productos agropecuarios significaron el 45 por ciento del total. Encina compara este porcentaje con el que cubren las mismas en el primer decenio del siglo y que sólo alcanza al 15 por ciento. Se consolidó, por tanto, una característica que ha seguido pesando hasta ahora como uno de sus inconvenientes más nefastos.

Este encogimiento del punto de apoyo de la economía de exportación se deriva principalmente de la estagnación, retroceso o lento crecimiento de las otras actividades primarias.

La experiencia del cobre es tan elocuente como significativa para el examen de otros aspectos que intentaremos con posterioridad.

A partir de 1875 más o menos se inicia la caída de las exportaciones de ese metal, que bajan gradualmente del nivel que bordeaba las 50.000 toneladas en promedio hasta alrededor de 15.000 en la década 1890-1900. Al final de este período y en consonancia con la recuperación de precios que tiene lugar, y a la cual ya nos referimos, las ventas reaccionan ligeramente, pero sólo para descender en forma brusca con posterioridad. Poco antes de 1910 se inicia otro lapso de ascenso que no se interrumpe hasta la crisis, pero él se debe a un elemento nuevo y substancial: a la explotación por parte de capitales norteamericanos de los yacimientos de El Teniente primero, y de Chuquicamata y Potrerillos después⁴⁵.

Samuel Valdés Vicuña, en una obra de la época⁴⁶, juzga el proceso en la siguiente forma:

»Basada nuestra industria cobrera en la explotación de metales de alta ley, sacados de poca hondura y vendidos a un alto precio, era natural que con la desaparición de tales ventajas viniera la perturbación de los trabajos en las minas«. Encina, por su parte, agrega que »Nuestra producción de cobre descendió considerablemente a partir del año 1878; pero este descenso no fue consecuencia del agotamiento de nuestros cobres, sino del agotamiento de los depósitos de ley alta fácilmente explotables y de la importancia de los capitales y del esfuerzo chileno para la explotación industrial«⁴⁷.

En resumen, la incapacidad para ajustarse a los nuevos precios, índices del aumento de la productividad de otras explotaciones, lograda con la aplicación de una tecnología más avanzada, desplazó a la minería nacional del cobre del mercado mundial. El mismo Valdés Vicuña

⁴⁵ Carlos Arangua, »Panorama Económico«, 166 y otros.

⁴⁶ S. Valdés, »La solución del gran problema del día«, 1895.

⁴⁷ F. Encina, »Nuestra inferioridad...«, op. cit.

registra la declinación de la cuota aportada por el metal chileno en el mercado británico: 1880-81, 45 por ciento; 1887, 14 por ciento; 1900, 10 por ciento; 1891, 7 por ciento.

31

En el sector agropecuario no son muy diferentes los acontecimientos. Respecto a las exportaciones de trigo, que era su contribución principal a la balanza comercial, una investigación antes citada demuestra que a partir de 1900

»se empieza a percibir una sucesión discontinua de alzas y bajas en las exportaciones, cuyo denominador común es una declinación general si se las compara con las cifras de la exportación normal anterior a 1900. Este abatimiento de la exportación, anuncio ya de una futura decadencia, trata de ser quebrado por los altos niveles logrados en 1908 y en 1925, los que representan la última demostración de fuerza de un comercio que desde un tiempo la venía perdiendo«⁴⁸.

El fenómeno que afectó a la agricultura era general y profundo. Según Encina:

»...Durante el quinquenio de Errázuriz se produjo un cambio profundo en las condiciones del desarrollo agrícola, que pasó completamente inadvertido para los contemporáneos, y del cual aún no tomaban nota, cuarenta años más tarde, ni los ocho gobiernos que se sucedieron en el poder, ni la conciencia nacional. La agricultura extensiva agotó los terrenos fértiles y de fácil cultivo en que se venía verificando la expansión desde los días de Valdivia, y se encontró abocada al dilema de paralizar su desarrollo o de proseguirlo sobre la base del descuaje de los bosques seculares que cubrían hasta la fecha las partes más fértiles de la zona

⁴⁸S. Sepúlveda, op. cit.

comprendida entre el Bío-Bío y el Reloncaví... Un desarrollo agropecuario condenado a realizarse en semejantes condiciones, por la fuerza de las cosas tenía que ser lento, consumir una cantidad excesiva de esfuerzo humano y capitales, y resolverse en una producción cara, incapaz de soportar la concurrencia en el mercado universal⁴⁹.

El proceso aparentemente se manifestó en una baja de los rendimientos agrícolas. Así, al menos, lo sugiere esta comparación registrada por Oscar Alvarez⁵⁰.

Rendimientos agrícolas por fanegas sembradas

	trigo	cebada	frejoles	maíz	papas
1841	16	21	17	40	14
1868	10	8	9	20	5

De todos modos, la tesis de Encina respecto a la gravitación casi insuperable de los obstáculos físicos es muy vulnerable, sobre todo cuando se tiene a la vista el episodio más significativo de fin de siglo y comienzos del actual: la obra de los colonos alemanes en el sur. El propio Encina, pasando por alto sus otras afirmaciones, debió reconocer en "Nuestra inferioridad económica" el hecho, aunque sin extraer de él las conclusiones apropiadas. Allí escribió que

»La agricultura se ha extendido considerablemente en la región austral. A medida que la limpia del suelo ha hecho posible el uso de la maquinaria, la producción de trigo y avena, especialmente la primera, se ha desarrollado con rapidez. Sobre 5,3 millones de qq de trigo cosechados en el país en el año 1909-10, dos mil ciento ochenta y ocho corresponden a la producción de las provincias ubicadas al sur de Concepción«.

⁴⁹ F. Encina, "Historia de Chile".

⁵⁰ Oscar Alvarez, "Historia Industrial".

La expansión agrícola lograda en condiciones extremadamente arduas por los inmigrantes alemanes en el sur, y que fue un elemento de compensación del retacamiento en el progreso de la producción en el centro, resulta una prueba sugerente de que los escollos para la expansión agropecuaria no estribaban principalmente en las limitaciones de orden físico o natural. Deberemos volver sobre este punto más adelante⁵¹.

32

Las actividades fabriles, por su lado, siguieron su vida lánguida y en el nivel incipiente, del cual no podrían empujarse hasta que el aguijón de la necesidad no trastocó el panorama después de la gran crisis.

Los gobiernos oscilaron entre tímidos y parciales arrebatos de proteccionismo y reincidencias en la puerta abierta libremercantilista. El gobierno de Errázuriz Echaurren (1896-01), por ejemplo, decretó en un momento la exención de derechos para los internadores de algodón y lana, pero más tarde liberó por 22 años la importación de hilados de algodón. El gobierno de Pedro Montt, en 1907, redujo

⁵¹ Como en el último tiempo se ha hecho mucho caudal de que la estagnación agrícola se habría iniciado y en gran parte debido a las políticas seguidas con posterioridad a 1939, quizás sea útil insistir sobre este aspecto con la siguiente apreciación general, contenida en el valioso estudio del Instituto de Sociología, debido al investigador francés Jean Borde y al profesor Mario Góngora, titulado «Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue»; «La mayoría de los autores... lejos de revelar un alza de los rendimientos agrícolas, pinta, por el contrario, su lenta decadencia, que ya se hacía notar a fines del siglo pasado y cuya causa sería el agotamiento de las tierras. Luis Correa Vergara (Agricultura Chilena, pág. 139) escribe que la producción triguera, que era de 15,75 qq. por há. en 1910 había descendido a cerca de 11 por há. en 1928-29. Adolfo Matthei (La agricultura en Chile y la política agraria chilena, pág. 55), mirando las cosas desde... un plano aún más general, afirma que entre los años 1910 y 1930, la totalidad de los rendimientos agrícolas ha disminuido en un tercio».

»progresivamente, hasta en un 50 por ciento, los derechos de internación de los artículos manufacturados de tejidos de punto, de lino, de lana, y tricote, las planchas acanaladas de fierro enlozado; el calzado, el azúcar, las casas desarmadas«⁵².

Ahorra mayores detalles esta resumida pero expresiva estadística incluida por Oscar Alvarez en su »Historia Industrial«:

	1910	1915	1923
Establecimientos industriales	5.722	2.406	3.196
Obreros	74.618	45.551	82.118

La variación en el número de talleres seguramente refleja un proceso de concentración de pequeñas unidades, pero el escaso incremento de la mano de obra ocupada indica a las claras el ningún vigor del desenvolvimiento.
33

Mención especial amerita en esta revista del curso de los principales sectores económicos lo que ocurre con la economía estatal.

Ya nos hemos referido, y no insistiremos sobre ello, a la indiferencia general de los poderes públicos por el desarrollo económico, prolijada principalmente por el imperio de los dogmas liberales respecto a la prescindencia del Estado de toda intervención ajena al campo tradicional y »legítimo« de algunas obras de capitalización básica. El único estadista que pretendió romper ese chaleco de fuerza, el Presidente Balmaceda, desembocó en el final trágico que todos conocen: una revolución y su suicidio⁵³.

⁵²D. Martner, op. cit.

⁵³Aunque conocido, puede ser oportuno reproducir parte del discurso de Balmaceda en la convención que lo proclamó candidato, en que definió su filosofía económica y gubernativa:

»Si a ejemplo de Washington y de la gran República del Norte pre-

En cambio, es útil examinar brevemente la evolución de la estructura propiamente fiscal.

Los fundadores de la república legaron un régimen hacendario relativamente equilibrado y progresista para su tiempo. El profesor Jobét, en su obra citada, atestigua con cierta exageración que

»el sistema financiero creado por Rengifo, basado en impuestos directos a la clase dueña de la fortuna... puso orden en las finanzas por medio de algunas reformas y su sistema financiero, que se inició en 1843, se conservó con pequeñas modificaciones hasta la época de la Guerra del Pacífico«.

En otro estudio, también nombrado⁵⁴, se hace una interesante comparación entre la estructura de los ingresos fiscales en 1854 y en 1897, señalando las distintas clases de impuestos:

ferimos consumir la producción nacional aunque no sea tan perfecta y acabada como la extranjera; si el agricultor, el minero y el fabricante construyen útiles o sus máquinas de posible construcción chilena, en las maestranzas del país; si ensanchamos y hacemos más variada la producción de materia prima, la elaboramos y transformamos en substancias u objetos útiles para la vida o la comodidad personal; si ennoblecemos el trabajo industrial aumentando los salarios en proporción a la mayor inteligencia de aplicación por la clase obrera; si el Estado, conservando el nivel de sus rentas y sus gastos, dedica una porción de su riqueza a la protección de la industria nacional, sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas; si hacemos concurrir al Estado con su capital y sus leyes económicas, y concurrimos todos, individual y colectivamente, a producir más y consumir lo que producimos, una savia más fecunda circulará por el organismo industrial de la República y un mayor grado de riqueza y bienestar nos dará posesión de este bien supremo de pueblo trabajador y honrado, vivir y vestarnos por nosotros mismos«.

⁵⁴ Boletín Depto. de Estudios.

	1854 %	1897 %
Comercio exterior	66,1	97,0
Renta	10,6	—
Propiedad y capital	1,7	—
Indirectos	21,6	3

Comentando este paralelo, que aunque da una visión del cuadro fiscal de 1854 menos rosado que la del autor antes citado, le permite compararse ventajosamente con el de 1897, el informe agrega:

»... en 1854 todavía prevalecían muchos impuestos heredados de los tiempos de la colonia y principios de la Independencia, como los diezmos, alcabalas, etc., que gravaban tanto a las rentas como a las transferencias de bienes. Para su época, estos impuestos eran bastante onerosos y eran resistidos tenazmente por los contribuyentes. No obstante ello, el sistema tributario de ese entonces contenía ya todos los gérmenes para el desarrollo de un sistema más equilibrado de las distintas categorías de ingresos públicos... ya a fines del siglo pasado, en 1897, el sistema impositivo chileno descansaba prácticamente en un solo tipo de impuestos: los derivados del comercio exterior. El grado de inestabilidad de los ingresos públicos había alcanzado su más alta expresión. Cualquier vaivén de los precios de exportación desarticulaba el presupuesto de la nación. Se habían colocado, de esta manera, los primeros elementos para un desajuste secular entre los ingresos y los gastos públicos, con los consiguientes efectos inflacionarios«.

Respecto a la estructura de los gastos públicos no se ha realizado todavía una investigación completa, la cual, entre otras cosas, tendrá que salvar muchos escollos referentes a la adecuada clasificación de los desembolsos.

De todos modos, recordemos en primer lugar el extraordinario aumento que experimentaron gracias al aporte del salitre. De acuerdo a las cifras sobre entradas fiscales recopiladas por Whitson Fetter, ellas prácticamente se duplicaron cada diez años, lo que indica en forma aproximada su tendencia. Alcanzaron a 25 millones en 1880; a 58 millones en 1890; a 100 millones el 900; a 203 millones en 1910 y a 431 en 1920. Siguiendo el estudio de Evaristo Molina, «Bosquejo de la Hacienda Pública chilena», que es una de las pocas fuentes sobre la materia, pudimos verificar que entre los años 1888 y 1897 la proporción dedicada a «obras públicas» estuvo, por lo general, por encima del 20 por ciento, llegando varios años al 25 por ciento y aún más. En general, los gastos totales fluctúan en mayor escala que los de obras públicas, cosa que eleva la participación de los últimos en los años de caída. Nos contentamos con dar esta referencia general, porque las cifras del trabajo aludido difieren bastante de las de Whitson Fetter, cuyo método y entrenamiento más profesionales inclinan a darle más crédito.

Aunque, como decimos, la porción dedicada a obras públicas es superior, por ejemplo, a la asignada en el quinquenio 1950-54 (un período, claro está, de contracción en la actividad inversora del Estado) cuando ella alcanzó en promedio a poco menos del 20 por ciento, debe tenerse en cuenta que en ese entonces la finanza pública no cargaba con los compromisos derivados de la seguridad social, que en el último tiempo han representado cerca de la tercera parte del gasto global. Esto es, los desembolsos se repartían exclusivamente entre los de carácter corriente y los de obras públicas.

El juicio contemporáneo no fue de ninguna manera benévolo respecto al tino con que se distribuyeron los acrecentados ingresos públicos. El ex Ministro de Hacienda Luis Aldunate escribió en sus «Estudios de Actualidad», en 1893, lo siguiente:

»El Fisco en Chile es un gran pródigo, pero un pródigo opulento. . . no nos alcanza el aliento para predicar en el desierto y con el profundo convencimiento de que todos los esfuerzos que se hagan para obtener una reducción de los gastos públicos serán esfuerzos y tiempo perdidos. . . Después de la guerra de 1879, que duplicó exactamente las rentas del Estado, los compromisos que gravitan sobre el erario público en forma de sueldos, pensiones de gracia y de favor, servicios de nuevas deudas, etc., se han elevado en un 100 por ciento, sin que, por otra parte, la administración pública haya ganado en expedición o eficacia ni mucho menos el país en elementos de riqueza«.

Y Encina, con su proverbial color, sentenciaba por su parte, refiriéndose a una lacra que algunos ingenuos creen exclusiva de tiempos recientes:

»Como en la Grecia de nuestros días, el reparto de los empleos públicos ha llegado a ser, en la práctica, si no en la teoría, el número más real y efectivo del programa de los candidatos a diputados o a senadores y el anhelo más sinceramente abrigado por los partidarios«⁵⁵.

34

Detrás de la atrición o debilitamiento de los sectores productivos conviene destacar un fenómeno de naturaleza más bien sociológica que ha llamado la atención de muchos investigadores. Es la decadencia, por no decir desaparición, del ánimo pionero que resalta de modo sobresaliente frente a la situación del período inicial y a la cual ya nos referimos. *»Una de las características más acentuadas del chileno de la generación precedente, anota Encina en 1911, fue el espíritu de empresa. . . La iniciativa, el espíritu de empresa, el carácter en general, han decaído. Hoy sabemos más, pero nos atrevemos menos«.*

⁵⁵ »Nuestra Inferioridad. . .«, op. cit.

A nuestro juicio, ningún episodio refleja con más nitidez esa evolución que el abandono de la riqueza salitrera a los inversionistas extranjeros.

Este capítulo de la historia económica chilena, cuya trascendencia es ocioso subrayar, tiene aristas fascinantes, que no parecen haber recibido la atención que merecen. Téngase presente, antes que nada, el nudo de la cuestión: empresarios y trabajadores chilenos descubren y contribuyen en medida decisiva a la explotación de la riqueza pampina; Estados extranjeros, dueños del territorio, intentan desplazar o eliminar la participación chilena; nuestro país, consciente de los derechos arraigados y de lo que podía significar el salitre para una economía de exportación en descenso, va a la guerra, o sea al sacrificio supremo; logra la victoria y de inmediato toma las medidas que a corto plazo virtualmente liquidan el dominio nacional de los frutos conquistados.

¡Es algo que, a primera vista, no tiene pies ni cabeza!

Por ello, aunque la historia es conocida, vale la pena repasarla y escrutar el sentido de esa contradicción extraordinaria.

La conquista de las provincias nortinas no creó problemas mayores para las salitreras ubicadas en los llamados »distritos del sur«, Antofagasta, Aguas Blancas y Taltal, en los que predominaban intereses chilenos. Las dificultades se suscitaron respecto a los yacimientos de Tarapacá, que por largo tiempo, hasta la declinación del sistema Shanks y el establecimiento de las grandes plantas de María Elena y Pedro de Valdivia, fueron el principal surtidor de la exportación.

En los distritos del norte, el gobierno peruano había creado un monopolio estatal, por medio de la adquisición de 75 plantas (»oficinas«, como se llamaban) modernas »con capacidad para producir 16.000.000 de quintales de salitre«, que se cancelaron con »bonos que tenían la ga-

rantía hipotecaria de la respectiva oficina y con certificados salitreros al portador».

Con la ocupación militar de Tarapacá, sostiene Encina, »en conformidad al derecho internacional, Chile se hizo de las salitreras del fisco peruano sin obligación de hacerse cargo del precio adeudado, que continuó siendo deuda peruana«. La situación parecía tan clara que a mediados de 1879 »los bonos estaban al 25 por ciento y cesaron de cotizarse«⁵⁶.

Durante un breve período, desde febrero a octubre de 1880, las salitreras de la región trabajaron bajo control militar y por cuenta del fisco chileno. La exportación se realizaba por medio de agentes extranjeros que cobraban una comisión del 2½ por ciento y se vendieron alrededor de 1.800.000 qq., lo que significó una entrada de más de 4 millones de pesos.

Entretanto, el Gobierno había nombrado dos comisiones especiales con el objeto de que informaran sobre la solución definitiva que debía dársele al problema.

Ambas comisiones, según nuestro historiador nombrado, estaban dominadas por »dos de los más ilustres discípulos de Courcelle Seneuil: Marcial González y Zorobabel Rodríguez«. El informe de la primera comisión, que fue decisivo, esclarece perfectamente sus puntos de doctrina, que serían acatados a la letra por el Gobierno. En primer lugar:

»La comisión se ensañó contra el monopolio; no sólo se pronunció extemporáneamente contra él, sino que también se propuso asustar al gobierno, para obligarlo a ver en la industria del salitre una actividad maldita, de la cual era necesario huir, para evitar que nos corrompiera y asesinara moralmente, como al Perú«.

»Con perfecta unanimidad —dice el informe—, la comisión se pronunció por la negativa. Y esta resolu-

⁵⁶F. Encina, »Historia de Chile«.

ción nos pareció que debía tomarse no sólo en homenaje a los principios que de tiempo atrás han servido de base a nuestra legislación económica, sino en obediencia del axioma de que los gobiernos son y han sido siempre malos administradores, pero más todavía como reprobación al sistema fiscal que ha imperado, desgraciadamente, en aquel territorio y que ha dado al Perú los tristes frutos que todos conocemos. En lugar de este sistema peligroso y absorbente, es de desear que Chile acate y mantenga la primera de las reglas de la buena economía pública, que condena toda intervención gubernativa en los dominios especiales de la industria⁵⁷.

Esta directiva general, que tiene en su grandilocuencia dogmática algo de la conmovedora puerilidad de las peroraciones del Quijote, estaba sustentada por otras razones de valor superior:

»Pinto y Santa María, señalá Encina, querían hacer alarde de honradez pagando lo no debido; creían que el gesto de renunciar, sin que nadie se lo exigiera, a las normas del derecho internacional, en obsequio de los acreedores del Perú, repercutiría en Europa y América, mejorando la posición de Chile en la opinión mundial y especialmente en el concepto de los gobiernos europeos. Además, no querían tener siquiera contacto con el foco de corrupción del monopolio peruano del salitre^{57a}.

A este último respecto cabe recordar los temores expresados por el anciano ex Presidente Montt, a su regreso de un viaje al extranjero, de que Chile se »peruanizara« con la conquista del salitre, aludiendo a los efectos corrosivos que sobre la moralidad y organización de Go-

^{57-57a} F. Encina, «Historia de Chile».

bierno había tenido el monopolio organizado por el país vecino.

Resultado de estas actitudes fue el decreto de junio de 1881, que rezó a la letra lo que sigue:

»Los establecimientos salitreros del territorio de Tarapacá comprados por el gobierno del Perú y por cuyo precio éste había expedido certificados de pago no cubiertos, serán devueltos provisoriamente y sin perjuicio del derecho de terceros, a los que depositen, por lo menos, las tres cuartas partes de los certificados emitidos por el valor de cada salitrera y enteren además en una tesorería fiscal en moneda una suma igual al precio de la otra cuarta parte, cantidad que será devuelta al interesado cuando entregue todos los certificados emitidos por el valor de la respectiva salitrera«.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Los bonos y certificados entregados por el Gobierno peruano en pago de las plantas, que habían perdido casi todo su valor, de repente comenzaron a ser solicitados por *»compradores misteriosos... que pagaban por ellos 10 y hasta 20 por ciento de su valor nominal, en soles depreciados«*.

Al consumarse la decisión del Gobierno chileno, los nuevos tenedores pasaron a ser los dueños de la parte más valiosa de la industria.

Figura central en este drama tan absurdo como sospechoso fue el casi legendario Mr. John T. North, quien, para colmo de ironías, realizó la fantástica especulación que lo transformó en el *»rey del salitre«* con capitales chilenos, provistos por el Banco de Valparaíso. Esta institución y *»otros prestamistas chilenos facilitaron a North y sus asociados \$ 6.000.000 para acaparar los certificados salitreros, y los ferrocarriles de Tarapacá«*⁵⁸.

⁵⁸F. Encina, op. cit.

El proceso de desnacionalización fue rápido y se extendió, cosa curiosa, hasta el punto de reducir la parte de la industria que controlaban los chilenos antes del conflicto. Según Encina, en 1878,

»El capital inglés-norteamericano representaba el 13 por ciento de la industria y el peruano-chileno el 67 por ciento; el 20 por ciento restante pertenecía a extranjeros económicamente nacionalizados. El 10 de agosto de 1884, el capital peruano había desaparecido; el chileno estaba reducido al 36 por ciento; el inglés montaba al 34 por ciento, y el capital europeo no nacionalizado al 30 por ciento. El 31 de diciembre de 1901, el capital inglés representaba el 55 por ciento; el europeo no nacionalizado el 30 por ciento, y el chileno el 15 por ciento«.

El ex Ministro Aldunate, que tuvo un papel importante en la decisión gubernativa que abrió paso a la entrega del nitrato, reflexionaba melancólicamente más tarde, en 1893:

»Por desgracia, y en fuerza de una combinación de circunstancias que sería largo recordar, la industria salitrera se halla íntegra y exclusivamente explotada y monopolizada por extranjeros. No hay un solo chileno que posea acciones en las suculentas empresas de ferrocarriles de Tarapacá. Ingleses, alemanes, españoles o italianos son, en su mayoría, si no en su totalidad, los poseedores de todas las oficinas de elaboración de esta rica substancia.

Los buques que conducen desde nuestros puertos a los centros del consumo las riquezas del litoral son todos de extraña bandera. Es inglés todo el combustible que se emplea para el movimiento de las máquinas.

Y para que el monopolio exótico de estas industrias sea completo, son también extranjeros todos los agen-

tes intermediarios entre productores y consumidores y en sus manos quedan íntegramente también las utilidades comerciales de la industria.

En una palabra, Chile tiene enclavado en su territorio una especie de factoría, de colonia industrial, de explotación y utilización exterior, que nos reconoce sí un derecho señorial y que lo paga en forma de impuesto, pero reservándose el monopolio de su rica producción⁵⁹.

35

La decisión de los grupos dirigentes del país de «vivir de las rentas» de la industria en lugar de su explotación, costó una sangría formidable de ingresos en beneficio de quienes tomaron a su cargo la responsabilidad eludida.

Encina calcula el éxodo anual por concepto de utilidades y otras remuneraciones del capital en unos dos millones de libras por año, en el primer decenio de 1900. Parece una estimación a «ojo de buen varón» y, sin duda, mezquina. Daniel Martner calculaba las ventas totales hasta 1920 en 5.754 millones de pesos de 18 peniques, de los cuales habría quedado la mitad en el país, en razón de los tributos y costos de producción. Carlos Vicuña estimó los ingresos fiscales derivados del salitre entre 1879 y 1928 en 250 millones de libras; el costo de la mano de obra en 100 millones y las utilidades en más de 500 millones.

Quizás la apreciación de Martner esté más cerca de la realidad, aunque es difícil que la tasa global de retorno sobre el valor de las ventas haya superado en promedio al 40 por ciento. Nos induce a pensar así el hecho de que en los años 20 de este siglo el porcentaje de retorno en la industria norteamericana del cobre fluctuaba entre el 20 y el 25 por ciento. Como la industria salitrera laboraba con un nivel de capitalización y técnica considerable-

⁵⁹ L. Aldunate, «Estudios de Actualidad».

mente más atrasado, los costos de producción representados por mano de obra y otros desembolsos en moneda nacional deben haber sido relativamente más altos, lo cual significa que volvía al país un porcentaje superior de los valores de venta.

En otras palabras, la impotencia de las "fuerzas vivas" de la sociedad de ese tiempo implicó que por cada cien pesos producidos de nitrato sólo quedaron a disposición del país entre 40 y 50 centavos.

A raíz de la participación de North y de su colusión con Harvey, el inspector fiscal de salitreras (quien parece haberle informado de los propósitos del Gobierno) y con figuras de las finanzas y de la política chilena, que indudablemente desempeñaron el papel de gestores, ha primado la opinión de que la desnacionalización del nitrato se debió principalmente a las maniobras conspirativas de ese círculo⁶⁰.

Evidentemente la corrupción jugó un papel, pero es muy difícil atribuirle la influencia fundamental. A nuestro parecer, gravitaron sobre todo dos factores, que es fácil discernir.

En primer lugar está el decisivo de la ausencia de individuos y grupos nacionales interesados en el desarrollo por su cuenta de la riqueza del nitrato. Parece obvio que si ellos hubieran existido y hubieran sido lo suficientemente poderosos, los Gobiernos no habrían podido tomar el camino descrito. La resistencia habría sido invencible; tanto más cuanto que los candidatos a empresarios podían mover las fibras patrióticas con el argumento meridiano de que se había librado una guerra precisamente para asentar la supremacía chilena en la pampa.

Pero no hay testimonio de ningún movimiento o agitación de esa naturaleza. Por el contrario, el patriarca conservador Abdón Cifuentes dio noticia en 1880 de una

⁶⁰ Ver H. Ramírez, "La guerra civil de 1891".

gestión sugestiva del entonces ya anciano descubridor y pionero del salitre, José Santos Ossa:

»El malogrado ciudadano don José Santos Ossa, descubridor de las salitreras de Antofagasta, se acercó al gobierno y le dijo: »el país está en crisis; hay un medio de salvarlo; hay riquezas inmensas escondidas; mande el gobierno a explotar esas riquezas por su cuenta. Yo me encuentro viejo y enfermo para ir a trabajar por mi cuenta esos tesoros; hágalo el gobierno y salve la situación del país«.

Respondió Lastarria, Ministro del Interior: »Cree el gobierno que el Estado es el peor de los industriales, que los negocios fiscales no hacen sino corromper la administración pública... Piensa, por el contrario, que entregando esas riquezas a la iniciativa de los particulares, a la industria libre, vendrán más efectivamente a rendir un beneficio público general, cambiando la situación económica del país«⁶¹.

Se ve claramente que el gran pionero de la otra época se daba perfecta cuenta de que no tenía sucesores capaces de reeditar sus hazañas y sólo abrigaba la esperanza de que una autoridad o fuerza superior, el Estado, pudiera sobrellevar tal responsabilidad.

Pero esa petición tenía que estrellarse con el otro factor a que aludíamos, la costra de esquemas liberales, que en el fondo sólo respondían a la incapacidad realizadora de una sedicente »burguesía« divorciada vitalmente de la creación económica.

36

La decadencia del espíritu de empresa no se manifiesta solamente en la gran oportunidad perdida con el salitre. Afectó en verdad a todas las actividades.

Respecto al comercio, por ejemplo, anota Encina que

⁶¹ F. Encina, »Historia de Chile«.

»En menos de cincuenta años el comerciante extranjero ahogó nuestra naciente iniciativa comercial en el exterior; y dentro de la propia casa nos eliminó del tráfico internacional y nos reemplazó, en gran parte, en el comercio al detalle«⁶².

En la agricultura prima igual modorra:

»Casi todos los progresos realizados por la agricultura entre 1870 y la guerra del Pacífico, dice nuestro historiador, se debieron a la influencia directa de la industria minera. Los magnates de la minería, lo mismo que a mediados de siglo, compraban en el centro grandes haciendas por formar, las regaban y su espíritu más progresista y emprendedor que el del antiguo hacendado, los movía a adquirir maquinarias modernas y a implantar nuevos cultivos. Entretanto, el agricultor tradicional no sólo estaba cohibido por su falta de iniciativa sino del capital«⁶³. Y los »magnates de la minería«

eran pocos y fueron disminuyendo aún más con el tiempo...

En la industria el cuadro es aún más yermo. »Hacia 1890, indica Encina, *la casi totalidad de las industrias de alguna importancia que existía en el país seguía en poder de los extranjeros y de sus descendientes inmediatos*«⁶⁴.

37

La depreciación pertinaz del signo monetario, a despecho de la expansión del intercambio exterior, constituye otra de las características primordiales del período que estamos examinando. Entre 1870 y 1925, el peso fue desvalorizándose en la siguiente forma:

⁶²F. Encina, »Nuestra Inferioridad...«, op. cit.

⁶³F. Encina, »Historia de Chile«.

⁶⁴F. Encina, »Nuestra Inferioridad...«, op. cit.

1870	—	45 peniques	1910	—	10 peniques
1880	—	30 peniques	1920	—	12 peniques
1890	—	24 peniques	1925	—	5 peniques
1900	—	16 peniques			

En el capítulo siguiente, al intentar un balance general del desarrollo económico del período, analizaremos el fenómeno de la inflación en conjunto con las otras tendencias y hechos matrices. Por el momento, entonces, nos remitiremos a un repaso más circunscrito de las vicisitudes del régimen monetario entre el momento en que se declaró la inconvertibilidad y la gran crisis.

Chile salió de la guerra del Pacífico fortalecido y enriquecido. En casi todos los círculos se daba por descontado que, al igual que había ocurrido en el fugaz conflicto con España, se volvería rápidamente a la convertibilidad.

»En todas las memorias ministeriales de Hacienda, recuerda Whitson Fetter, hasta 1886, se menciona el retorno al régimen metálico. Sin embargo, a pesar de todas estas protestas nada concreto se resuelve hasta 1887. Mientras tanto, la oportunidad de efectuar la conversión, cuando el peso papel estaba casi a la par con el peso de plata y en que las condiciones financieras eran prósperas, había pasado»⁶⁵.

Un aspecto curioso de este lapso es que *»el total del papel moneda en circulación fue más o menos constante, por lo cual la baja del cambio no puede atribuirse a un aumento de la cantidad de circulante«*.

La explicación sin duda reside en una situación ya señalada: la tendencia a la baja de los precios de las exportaciones. »Entre 1882 y 1886, el salitre se desvalorizó en un 30 por ciento y el cobre en un 40 por ciento«. El Ministro de Hacienda, en su memoria de 1885, anotaba que *»el cobre, el trigo y la plata han descendido en su*

⁶⁵F. Whitson Fetter, op. cit.

valor hasta un extremo desconocido en los últimos cincuenta años⁶⁶.

Aparentemente pudieron más ante este evento la presión de los exportadores, que encontraban en la baja del cambio un alivio para su comercio, y el apetito por importar, que el mayor ingreso que de todos modos se produjo en la balanza comercial con las ventas de salitre. En el juego de estas fuerzas contradictorias el balance determinó una depreciación del peso.

38

En 1887, junto con expresarse una ligera reacción en el nivel de precios y de intercambio externos, se plantea un programa de conversión, que lo mismo que el que se ensaya con pasajero éxito en 1895, padecía de una flaqueza técnica que debía sumarse a los otros obstáculos levantados contra él. En efecto, en vez de perseguir el establecimiento de una paridad que correspondiera al tipo de cambio vigente para el papel moneda, se trató de revalorizar la moneda hasta un nivel superior.

Refiriéndose a la ley preparatoria de la conversión de 1887, dice Whitson Fetter que:

»El principio fundamental del proyecto era que mediante la contracción del circulante, por los retiros anuales de papel moneda, debería producirse un aumento del valor del peso, hasta llegar a la par con el peso de plata, con el cual legalmente podía redimirse. Contemplaba la aplicación de la teoría cuantitativa, según la cual, si se reduce la cantidad de circulante, aumenta su valor adquisitivo. Por entonces, el valor del peso de papel era de alrededor de 22 d., y el del peso de plata de aproximadamente 33 d., lo que significaba una diferencia de más del 50 por ciento⁶⁷.

Más adelante en su obra, aludiendo a la situación de 1895, el economista norteamericano agrega que:

⁶⁶F. Whitson F., op. cit.

⁶⁷F. Whitson F., op. cit.

»Para un estudiante moderno de los problemas monetarios, parecerá sorprendente que no se haya propuesto abordar la situación real existente, desvalorizando el peso a 18 ó 16 d. Pero ni los opositores ni los partidarios de la conversión consideraron esta salida; los opositores querían que se abandonara toda conversión, y sus partidarios pretendían que ésta se realizara siempre a 24 d., aun cuando el cambio se cotizaba a menos de 24 d.«⁶⁸

Como se ve, los planes aprobados y el segundo puesto en práctica, implicaban un grado severo de deflación, lo cual, concitado con la curva bajista de los precios de exportación, habría sometido al sistema económico a una compresión considerable. Insistiremos (y tendremos oportunidad de desarrollar el punto con posterioridad) que esa deficiencia técnica no era la única ni ciertamente la principal causa del fracaso de los esfuerzos, pero se trató, sin duda, de un elemento de significación en el problema. Conviene tenerlo en cuenta para no caer en una versión demasiado limitada de la oposición al restablecimiento del padrón metálico.

La guerra civil de 1891 paralizó todo el avance hacia la reforma e involucró, por el contrario, un incremento considerable de las emisiones. En un año el circulante aumentó alrededor de un 60 por ciento. Tanto por este hecho como por las circunstancias propias de una querrela tan enconada, el cambio se depreció con velocidad: entre enero y abril de 1891 bajó de 21 dólares a 15, pero ya a fines de septiembre, después de consumada la victoria de la oposición, recobró su nivel primitivo, lo cual parece un mentís para cualquiera relación mecánica entre la cantidad de moneda y el tipo de cambio. A juicio de Whitson Fetter, esta recuperación y firmeza transitoria del valor externo del peso se debió al «espíritu de

⁶⁸ F. Whitson F., op. cit.

confianza que acompañó al establecimiento de la paz y la creencia de que las emisiones de Balmaceda serían retiradas", amén de que parece haber habido una fuerte tendencia al atesoramiento durante el conflicto, lo que impidió que el aumento del circulante se tradujera en demanda efectiva de bienes. Por otra parte, influyó también el hecho de que el mercado y los inversionistas ingleses miraron con franca simpatía la causa y el triunfo de los contrarios al Presidente mártir, que había enarbolado, algo retóricamente, la bandera de la nacionalización del salitre.

39

Después de la guerra civil hubo una fuerte corriente de opinión favorable a la conversión, que logró hacer prosperar sus ideas en 1895, pero que sólo mantuvo en pie el régimen metálico durante tres años, hasta 1898.

La primera debilidad de este ensayo residió en el aspecto técnico señalado antes:

»La pretensión de convertir a un tipo de cambio oro demasiado elevado«⁶⁹.

Por otra parte, se produjo una breve pero estratégica coyuntura impropicia en el comercio exterior, que robusteció la posición de los »papeleros«.

»El nivel general de los precios en el mercado mundial, que había mostrado una tendencia a la baja desde 1873, se aceleró en 1894, 95 y 96... Agravó esta situación el hecho de que la mala cosecha del año 1894 fue seguida por peores en los años 1895 y 1897«⁷⁰.

La presión por importar, en cambio, se había acentuado. Hubo, anota Whitson Fetter, una

⁶⁹F. Whitson F., op. cit.

⁷⁰F. Whitson F., op. cit.

»Tremenda ola de importaciones... Este volumen de mercaderías extranjeras no estaba compuesto por maquinarias ni por artículos similares de naturaleza productiva, sino que principalmente de artículos alimenticios refinados, vinos y licores, drogas y específicos medicinales, tejidos de lana y muy principalmente de tejidos de algodón... y era el reflejo del alto standard de vida de las clases pudientes«⁷¹.

Lo irónico es que esta conjunción de elementos, agitados empeñosamente por los intereses devaluacionistas, consiguió liquidar de nuevo el régimen metálico precisamente cuando se abría el período de mayor expansión del intercambio, que no iba a interrumpirse, salvo ocasionales traspies, hasta la gran crisis.

Así no llegaron a cumplirse las esperanzas del diputado Juan E. Tocornal, que había sentenciado que *«la entrada a la conversión es la conclusión del carnaval y la llegada de la cuaresma. Hay que abandonar las máscaras y cascabeles para dedicarse a la vida arreglada y de ayuno»*⁷².

Siguió, en cambio, la farándula del papel moneda, las emisiones y la inflación, a pesar de la catadura conservadora de los gobiernos y del auge del comercio exterior. La convivencia de estas circunstancias ha resultado un rompecabezas para muchos observadores extranjeros. Whitson Fetter, cavilando sobre el decenio de comienzos de siglo, escribió:

»Los diez años siguientes de la experiencia monetaria son un caso único en la historia monetaria mundial, pues se caracterizaron por las continuas emisiones de papel moneda en un período de plena prosperidad económica, de paz interna y externa, de hacienda pública saneada y con un Presidente y un Congreso

⁷¹F. Whitson F., op. cit.

⁷²F. Whitson F., op. cit.

conservadores, condiciones todas que, dentro de los cánones aceptados, debían haber inspirado una política monetaria diametralmente opuesta“.

40

La popularidad de la política de „dinero abundante y barato“, propugnada ardorosamente por los „papeleiros“, se sostiene viento en popa hasta finales de la década comentada. Pero después comienza el eclipse. Paulatinamente la opinión pública se va inclinando en su contra, impulsada en gran medida por el afloramiento de tensiones sociales a las que nos referiremos más adelante. Sin embargo, no llegaron a materializarse las varias iniciativas destinadas a restablecer el régimen metálico.

„Con posterioridad a los excesos de 1904 y 1907 —escribió Whitson Fetter—, el país despertó en 1908 con un cambio desastroso y se hizo la promesa formal de no volver a emitir un solo peso de papel moneda. Aun las pésimas condiciones de los negocios en 1911 y 1912 no lo hicieron cambiar de actitud. En 1913 y 1914 casi no había un solo opositor al patrón oro, aunque debe haber habido muchas personas que se habrían regocijado grandemente si el cambio hubiera seguido bajando“.

Prueba de esta mayor moderación en la política monetaria es que la tasa de baja del cambio se moderó sensiblemente (Ver p. 91).

La guerra mundial „impidió toda posibilidad de volver al patrón de oro“. El auge fue extraordinario. El incremento en volumen, y sobre todo en precios, de las exportaciones, y la restricción obligada de las compras en el exterior, debido a las dificultades del intercambio con Europa, crearon una situación por completo dife-

rente, que tiene mucha semejanza con la que se produjo 25 años más tarde a raíz del segundo conflicto mundial. En tanto las exportaciones subieron de unos 327 millones de 18 d. a 763 millones entre 1915 y 1918, las importaciones bajaron de 270 millones en 1914 a unos 153 millones en 1915, para recuperarse después, al incrementarse los envíos de E.E.U.U., que desde entonces pasa a dominar en el mercado chileno. Esto elevó el cambio de unos 8 y medio peniques en 1914 a más de 17 en junio de 1918, por lo cual »muchas personas temieron que el cambio subiera sobre 18 d. y buscaron los medios de evitarlo«⁷³.

Pero la situación tan auspiciosa se esfumó vertiginosamente con la llegada de la paz. En diciembre de 1918 la tasa de cambio volvió a su nivel de 1914, esto es, de unos 10 d.

Los primeros años de postguerra significaron un reactivamiento de los motores inflacionarios. Debió irse en ayuda de la industria salitrera, afectada por el término de la demanda bélica y por la irrupción del competidor sintético desarrollado en Alemania. La estructura tributaria, por completo dependiente del nitrato, se resquebrajó, obligando a emitir para saldar las cuentas fiscales. Las entradas derivadas del salitre bajaron de unos 110 millones en 1918 a poco más de 40 millones en los años 1921 y 1922.

41

La convulsión político-social de esos años es el antecedente directo de la reforma que por fin se pone en práctica con la asistencia de la Misión Kemerer y el agujón de las espadas sublevadas en 1925.

»La necesidad de dar algún paso en esta materia, escribió Whitson Fetter, se hizo más urgente por el desasosiego social que se manifestaba en el país; las

⁷³ F. Whitson F., op. cit.

huelgas eran frecuentes y el movimiento de los trabajadores estaba ganando terreno⁷⁴.

La conversión se verificó según una paridad de 6 d., que correspondía al tipo de cambio del momento, evitándose así el error de perseguir una revalorización, que ayudó a frustrar intentos anteriores.

El nuevo interregno de régimen de patrón de oro sólo resistió hasta la »debacle« de 1931. Indudablemente contribuyó a agravar el impacto de la depresión exterior, ya que agregó los efectos de la asfixia monetaria interna, con la consiguiente presión sobre todas las actividades económicas, aun las más desvinculadas del intercambio. El mandatario de ese tiempo, que quedó con la idea de que había caído »defendiendo la moneda«, no tuvo oportunidad, seguramente, de leer el epitafio que colocó Whitson Fetter en la edición chilena de su libro:

»Para Chile, el mantenimiento del patrón de oro con posterioridad a 1931 habría sido probablemente imposible, y si ello hubiera sucedido, habría traído consigo la bancarrota de una gran parte de los negocios del país«.

El de 1931 fue, no cabe discusión, el único salto al papel moneda y a la inflación plenamente justificado. Por cierto que este juicio no se extiende a la política y a los medios que se pusieron en práctica para compensar el desfondamiento de la economía de exportación.

Cuando comenzamos la vida pública recibimos de nuestros antecesores un país floreciente, feliz y honrado, la primera de las repúblicas hispanoamericanas; entregamos a nuestros hijos, amarga el decirlo, una patria en decadencia, pobre y desacreditada.

E. MAC IVER, discurso en el Senado (Citado por Ricardo Donoso)

⁷⁴F. Whitson F., op. cit.

La contrapartida o reflejo social y psicológico de la realidad variada y contradictoria del desenvolvimiento económico del período revisado es, en general, sombrío. Un cuadro en que predominan los colores oscuros, las tensiones y el pesimismo. La euforia de la primera fase, el desencanto de la segunda, dejan paso a una visión derrotista y a esa atmósfera de "crisis permanente" que no nos ha dejado más.

Encina nos lo describe así:

"Se extendió rápidamente en la colectividad una prostración, un malestar confuso y generalizado, cuyas líneas más salientes son el descontento, la falta de fe en el porvenir, la pérdida de los hábitos y tradiciones de gobierno y administración y una especie de desequilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas"⁷⁵.

El primer aspecto que conviene destacar en este panorama es la aparición de la "cuestión social", término y problema que está en la primera plana de las inquietudes colectivas de la primera mitad de siglo y que en el fondo señala el despertar de la conciencia y del repudio de las masas populares a un estado de cosas que, además de gravoso, resultaba incompatible con los ideales de justicia que se habían diseminado. Para el doctor Orrego Luco, uno de los pioneros en las investigaciones médico-sociales, la mentada "Cuestión"

"había hecho su aparición antes de la guerra del Pacífico por falta de previsión. "Hasta aquí nos llevó la imprevisión, el salario bajo, la falta de industrias nacionales —escribía—, la miseria y la ociosidad del

⁷⁵ "Historia de Chile".

arrabal, y allí de nuevo nos veremos arrastrados si no conseguimos extirpar esas calamidades económicas⁷⁶.

La depreciación monetaria y su secuela, el alza de precios, fueron el caldo de cultivo más apropiado para activar la resistencia popular.

»La alarma pública despertada por la presente baja en el valor de la moneda —señalaba un manifiesto anónimo— tiene su causa muy profunda en el aumento del costo de la vida, que afecta a los hogares chilenos, en el peligro a que ven expuestos los ahorros que forman la reserva de vida de miles de familias y en la mísera situación de los servidores del Estado y los obreros, que ven desaparecer cada día el poder de sus sueldos y jornales⁷⁷.

Otro petitorio, elevado a la consideración del Presidente de la República por los trabajadores de Valparaíso, incluía las siguientes frases:

»se nos predica el ahorro, Señor, y, al mismo tiempo, se nos encarece la vida y se nos hace ésta cada día más dura y penosa. Y si ahorramos, Señor, y si llevamos nuestras pobres economías a las Cajas que ha establecido el Estado para ellas, con la depreciación de la moneda merman nuestros ahorros dentro de esas mismas cajas fiscales, y así lo que nosotros economizamos penosamente, nos lo destruye el mismo Estado con su pésimo régimen monetario⁷⁸.

El líder radical Mac Iver tocaba el mismo problema con estas palabras:

⁷⁶ Ricardo Donoso, »Alessandri agitador y demoledor».

⁷⁷ F. Whitson F., op. cit.

⁷⁸ F. Whitson F., op. cit.

»Este estado de profunda agitación y excitación de las clases trabajadoras, esta carestía intolerable de la vida, que puede ser indiferente para los que tienen negocios en la Bolsa, ¿no piensan, mis honorables colegas, que pueden traer envueltos las huelgas futuras con todas sus consecuencias? Hay que meditar sobre esto. Hay que meditar en nuestras facultades. ¿Tenemos nosotros el derecho para amargar la existencia de nuestros ciudadanos y para arrebatár-les el pan de su mesa?»⁷⁹.

Los temores de Mac Iver no podían ser más justificados. La masacre de obreros en la Escuela Santa María de Iquique; el asalto y asesinato de trabajadores en el local de la FOCH en Punta Arenas; la sangrienta huelga de los obreros portuarios de la Sudamericana de Valparaíso, son apenas algunos hitos de la intranquilidad social que iba a desembocar en el »Año 20«, en el »Chile Nuevo« y en la »República Socialista«.

El revestimiento político, como es natural, no podía ser muy diferente. Para evitarnos mayores comentarios hemos seleccionado algunos testimonios que aparecen en la obra de Ricardo Donoso sobre Alessandri (documentada y apasionante por muchos respectos, pero disminuida por un rencor que deforma la perspectiva histórica del autor). Ellos hablan por sí solos y dan una visión de las circunstancias que, como se podrá apreciar, demuestra que hay considerable constancia en nuestros males y problemas.

Diputado Maximiliano Ibáñez, destacada figura política (en 1900).

»Yo noto con sentimiento una decadencia en todo el país, no sólo en materias electorales, sino también

⁷⁹F. Whitson F., op. cit.

en materia política y administrativa. A cada momento vemos producirse dentro de la administración actos de verdadera inmoralidad... Estamos sufriendo los síntomas de una decadencia moral, política y social».

El mismo, en 1904:

»Con la mano puesta sobre el corazón y con la sinceridad de los hombres honrados, tenemos que reconocer el maleamiento de nuestras instituciones, la desorganización de los servicios públicos, el despilfarro de los fondos nacionales y la desmoralización general que nos invaden».

El mismo, en 1906, refiriéndose a los negocios con las »cachimbas Salitreras«:

»En el camino que vamos, con esta desmoralización que cunde... que nos lleva a no hacer diferencia entre el hombre que obra honradamente y el que usurpa lo ajeno; cuando los que lucran con la fortuna del Estado se pasean con la frente en alto, en forma que no usan los hombres honrados y de trabajo; cuando no es pecado tomarle al Fisco el dinero que le pertenece; cuando esto se hace cosa corriente y normal; cuando no se señala con el dedo a los que usurpan la riqueza pública, es fácil pensar que no sólo los bienes de la nación sino también nuestras instituciones, nuestra propia organización, corren peligro».

El diputado conservador Echeñique, en 1905:

»Las concesiones de tierras hechas con el pretexto de colonización y que no son sino regalos simulados de grandes extensiones del territorio nacional, he-

chos contra todas las leyes, contra todas las buenas prácticas administrativas, contra todas las lecciones de la experiencia y con tal refinado arte en los procedimientos, que ha llegado a formar una industria nueva en el arte de apropiarse de los terrenos fiscales por medio de concesiones de colonización«.

El diputado Alfredo Irarrázabal, refiriéndose a las combinaciones políticas:

»...sindicatos ocasionales y transitorios que duran mientras dura el acuerdo entre los presidentes de los partidos en orden a repartirse entre ellos las gollerías que contiene el presupuesto de la nación, intendencias, gobernaciones, legaciones«.

Jefe conservador José Miguel Echeñique:

»En Chile se ha abierto un juicio de opinión sobre el origen de este desgobierno que ha arrastrado al país a la disminución del valor de su moneda, a los presupuestos exorbitantes y a los empréstitos poco justificados. El mal ha ido generándose poco a poco, merced al silencio de los partidos, a la cobardía de muchos y al debilitamiento de los caracteres«.